sacrilegio. Si por tu desdicha cayeses en él, sepas, no obstante, que el arrepentimiento es más poderoso que el sacrilegio. Una buena confesión humilde, cordial y dolorosa puede repararlo todo en un instante.

La Comunión frecuente

Acércate lo más á menudo que puedas al buen Jesús, y no olvides que en la frecuente Comunión aprenderás á ser y permanecer verdadero cristiano.

La piedad está fundada en la fe; ¿quieres adquirir y conservar una fe viva, sólida, práctica? Comulga con frecuencia y con fervor. Jesús es el autor y el conservador de nuestra fe, y sólo Él comunica del cielo á las almas que se le unen fielmente el don divino de la fe. Sin la frecuente Comunión, la fe disminuye poco á poco, y se torna tan lánguida y débil que parece muerta en el fondo de nuestras almas.

¿Quieres conservar tu inocencia? Pobre hijo mío ó hija mía, si la perdiste, ¿quieres recobrarla y permanecer puro en lo porvenir? La santa Comunión es la guarda más poderosa de la castidad y de la pureza. Nuestro Señor, llegándose á juntar su carne purísima con tu carne manchada por el pecado, apagará la borrasca de tus nacientes pasiones, te dará una fuerza sobrehumana para rechazar las tentaciones de Satanás, y su dulce amor, que purifica los corazones,

te comunicará horror al vicio y deseos de castidad. He pasado mi vida dirigiendo y confesando muchachos y doncellas: creeme, sin la Comunión frecuente y arreglada es imposible á la mayor parte de ellos conservarse puros mucho tiempo; mas con esta santa práctica se hace el mal tan fácil de evitar; que los mismos combates son menos frecuentes y menos recios. ¡Gran Dios! Si las madres que velan con tanto esmero por las costumbres de sus hijos é hijas conociesen como nosotros los confesores lo que pasa en el fondo de las conciencias! ¡Cuán á menudo los conducirían á recibir los santos Sacramentos! ¡Ay! Bajo pretexto de querer que eviten ciertas pequeñas faltas al recibirlos, les privan muchas veces del único auxilio que pondría en seguro su inocencia. Aquí como en otros casos sucede que *lo mejor* es el peor enemigo de *lo bueno. Dios no espera de un niño ó niña más que lo que un niño ó niña pueda dar de sí.* Esta observación es fundamental.

¿Qieres orar como es debido? ¿Quieres aprender esta gran ciencia de la oración, que es más que toda la verdadera ciencia de la salvación? ¿Quieres amar de corazón á Dios? ¿Quieres hacerte digno de tu Bautismo y conservar en ti la vida de Jesucristo, que es la vida eterna? En menos palabras, ¿quieres santificar y salvar insensiblemente tu alma? Comulga á menudo, comulga á menudo y en días arreglados y acompañados. Todo está aquí. Porque la sagrada Comunión es Jesucristo.

Jesucristo es la misma fuente de la vida cristiana, de la gracia, de la piedad, de la santidad, de la oración, del recogimiento del desprecio de sí mismo, de la penitencia, de la humildad y de la mansedumbre. Es la fuente divina de la pureza sin tacha, de la caridad fraterna, de la paciencia, de la obediencia, de la fe viva, del amor de Dios, del amor de María, del amor de la Iglesia; más breve, de todo lo que es bueno, grande, bello y verdadero. Todo esto es Jesucristo. Todo esto es la Eucaristía. Quien se separa de la Eucaristía se separa por lo mismo de Jesucristo, fuente de vida. El amor práctico del Santísimo Sacramento del altar no es más que la práctica del amor de Dios.

Como no sea la Comunión sacrílega, nada hay más fatal para un cristiano que la nigligencia en recibir la sagrada Comunión. Entre cien niños y niñas que pierden la gracia de Dios, entre cien jóvenes que sucumben en el torrente de vicios del mundo, hay noventa y nueve que muy fácilmente se salvarían si tuviesen valor para acercarse con frecueneia y regularidad á la sagrada Comunión.

Junto á propósito estas dos palabras con frecuencia y con regularidad, porque la una sería nada sin la otra. Comulga con frecuencia, sí; pero con regularidad. Comulga con regularidad, esto es, cada tantos ó cuantos días fijos, sí; pero con frecuencia, con mucha frecuencia. La regularidad es lo que produce los buenos hábitos; sin ella no se adquieren éstos, no

llega á formarse carácter, ni se fortalece y afirma en el bien la conciencia.

¡Hijo mío ó hija mía! por el amor de Dios y de tu alma, no des oidos á quienes pretendan apartarte de la frecuente Comunión. Con buenas intenciones tal vez. trabajan contra Jesús, contra tí, y en favor del diablo. No saben el mal que hacen estos falsos amigos, y sobre todo el bien que impiden. Enseñan lo contrario de lo que enseñaron siempre los Santos, y de lo que enseña y desea la Iglesia.

Si puedes, comulga todos los domingos y días festivos. Te recomiendo esta práctica si estás resuelto á vivir verdaderamente como cristiano, á evitar de todo corazón el pecado y á cumplir del modo mejor los deberes de tu edad y de tu estado.

Si no puedes comulgar cada semana, procura comulgar á lo menos cada quince días; es una excelente práctica que acostumbro encargar á los que no pueden consagrar más que algún rato á encomendarse á Dios, y en los cuales la instrucción religiosa está poco desarrollada.

Pero á lo menos comulga cada mes. La Comunión mensual como la practicamos en nuestras escuelas de perseverancia y en nuestras casas de educación, es lo menos que puede hacer un cristiano que tiene algún deseo de servir á Dios. En esto como en todo sigue exactamente el consejo de tu confesor, y te aseguro que se tendrá por muy dichoso en permitirte con mayor frecuencia la sagrada Comunión.

En cuanto á la Comunión más frecuente, esto es, á la de dos ó tres veces cada semana, es una práctica muy saludable, pero que exige una fidelidad mayor en corresponder á las gracias de Dios. Así, pues, como los muchachos y muchachas son de ordinario atolondrados, raras veces pueden aprovecharse de este permiso. No obstante, algunos he conocido en los colegios que sacan grande utilidad de esta frecuencia.

Te lo repito y no me cansaré de repetirlo. No le tengas miedo á Jesucristo. No digas: Soy demasiado niño. Poco importa aquí la edad; lo que debe mirarse son las disposiciones. Un niño ó niña de once ó doce años que ama de veras á Dios puede comulgar á menudo como cualquiera otra persona mayor; un muchacho bueno, piadoso, puede comulgar con mayor frecuencia que un hombre de menos disposiciones. Las almas no tienen edad, y á ellas baja Jesucristo y en ellas hace su habitación.

Lo mismo dirémos en cuanto á la frecuencia. Por lo que toca á lo sagrada Comunión, no te fijes en el tiempo, fíjate sólo en tus disposiciones. Cuando se comulga *bien*, nunca es demasiada la frecuencia; cuando se comulga *mal*, siempre es demasiado frecuente, aunque no sea más que una vez al año ó una vez á la vida. No te acostumbres, pues, á regular tus Comuniones por el tiempo ó por la edad; fácilmente andarías equivocado: regúlalas, sí, por tus aumentos en la obediencia, en la piedad para con Dios, en la buena voluntad en servirle, por las necesidades particulares de tu alma, y en particular por el atractivo que sientas hacia la sagrada Eucaristía. Hé aquí la verdadera, la sola verdadera regla de la Comunión para todos los cristianos chicos y grandes. Y no soy yo quien lo digo; son los Soberanos Pontífices.

Por fin, no eres tú quien debe juzgar de estas disposiciones, ni es tu padre, ni tu madre; tu confesor, tu padre espiritual, el que conoce el fondo de tu conciencia, es quien tiene derecho de dirigirte en todo lo tocante á los Sacramentos, y en particular al de la santa Eucaristía. Manifiéstale cristianas disposiciones, y se tendrá por muy dichoso en permitirte comulgues muy á menudo. ¡Felices los que se encuentran en estado de hacerlo frecuentemente!

Nuestro Señor parece encargarse por sí mismo de la educación de estas tiernas almas. Él las va tornando poco á poco á su imagen y semejanza, sobre todo cuando le ofrecen las primicias de su vida. Fórmalas en la piedad, en la oración, en la vida cristiana; les comunica gusto por las cosas divinas, y con su intimidad y trato se consuela de la frialdad é indeferencia de otras almas.

Cuanto más se acerca uno á Dios con fidelidad y pureza de conciencia, tanto más se reciben gracias para evitar el pecado, vivir santamente y merecer firmeza y estabilidad. Hé aquí por qué es tan útil comulgar muy á menudo, desde la primera edad. Esto abliga á ser muy bueno, es verdad; pero ¿acaso esta obliga-

ción no es cosa muy provechosa? Míralo bien: casi siempre es la tristeza ó flojedad la que impide acercarse con frecuencia á la sagrada Mesa. Cuando uno no quiere tomarse la pena de vigilarse, de rezar con atención, de prepararse bien; cuando uno no quiere ser generoso con Dios, se condena á sí mismo á vegetar en la indiferencia y se entrega sin defensa á las emboscadas de Satanás.

Observo cada día niños y niñas de toda edad y condición, que gracias á la Comunión frecuente viven con una pureza verdaderamente admirable, y pasan años enteros sin cometer falta grave. Si caen alguna vez por fragilida ó por descuido, levántanse al punto, y el pecado no llega á echar raíces en su corazón. Haz como ellos, y pide á menudo á tu director espiritual permiso para acercarte lo más que puedas á Aquél que ha dicho en sn Evangelio: «Dejad venir á Mí los pequeñuelos.»

La perseverancia después de la primera Comunión

Con gran cuidado se preparan por lo común los niños y niñas para la primera Comunión: con justo motivo, porque una primera Comunión bien hecha es la mejor garantía de salvación y de gracia para toda la vida. Hay muchos, empero, que creen que después de la primera Comunión está ya todo concluido. Es precisamente lo contrario. Entonces es cuando todo debe comenzar. Entonces es cuando comienza la verdadera vida del cristiano, la vida séria y formal, la vida del servicio á Dios. Hasta entonces no ha hecho sino una como preparación para ser cristiano.

Seas, pues, cristiano toda la vida; sélo más y más á medida que adelantes en tu camino y vayas participando de los demás Sacramentos de la Iglesia. Tu primera Comunión no es más que el primer escalón de la escala santa que une la tierra con el cielo, y por la cual has de llegar hasta Dios. Del primer escalón has de pasar al segundo sin demora; de éste al tercero, sin detenerte en tu camino. Desde tu primera Comunión procura adelantar siempre; cada nueva Comunión será un aumento de gracia que te acercará más y más á tu divino Rey. No te detengas, y sobre todo no vuelvas atrás; no temas, sirves á un buen Señor: Jesús te ama mil veces más de lo que tú puedes amarle. Te ama; no temas, pues; no repares mucho en tus pequeñas miserias, en tus faltas cotidianas; desde el momento en que deseas apartarlas, no tienen importancia; y si tratas lealmente de corregirte de ellas, tus confesiones y Comuniones te serán muy provechosas.

En tus tentaciones échate en brazos de tu Salvador, primero por medio de la oración, después por medio de la sagrada Comunión. Él nos sostiene y consuela en nuestras tribulaciones. ¡Ah! ¡Desgraciado el que no ama á Jesús y que por consiguiente descuida la santa Comunión! Jesús le aguarda en el Sa-

cramento de su amor: le tiende cariñosamente los brazos, le abre su bondadoso Corazón, inclínase á él para darle el suavísimo beso de amor que se llama la Comunión... ¡y el ingrato se aparta de Él, desdeñoso criminal!

¡Hijo mío! ¡Hija mía! ¡Haz que el amor de tu Salvador halle en tí, toda tu vida, completa correspondencia. Si perseveras hasta el fin en la práctica de la Comunión piadoso y frecuente, te lo prometo en nombre de Dios, tu vida será buena y pura, feliz y resignada, aun en medio de las pruebas, de los sufrimientos, de las lágrimas. Te prometo santa vida y buena muerte, sentencia dulce y favorable, y corona gloriosa por toda la eternidad!

La Comunión de los niños y niñas enfermos.

Si caes alguna vez en grave enfermedad, pídele á tu buena madre ó á tus amigos que llamen sin tardanza á tu confesor, Pon en regla tus asuntos: el tener despachado el pasaporte no te obliga por esto á partir.

Pide con instancia la sagrada Comunión. Jesús ama á los enfermos, particularmente á los niños. Al entrar en tu aposento te traerá consigo la bendición y tal vez la salud. He visto á muchos niños enfermos curados, ó á lo menos muy aliviados después de haber recibido la santa Eucaristía. Siempre hallará tu corazón la paz del cielo uniéndote con Jesucristo.

Si se hace larga tu enfermedad, pide á tu director espiritual no te deje pasar mucho tiempo sin el auxilio de los santos Sacramentos. Nunca tenemos mayor necesidad de Dios que cuando estamos enfermos de gravedad: así la Iglesia ha ordenado á los sacerdotes administren con frecuencia á los enfermos la santísima Eucaristía.

No temas ser indiscreto ó impertinente pidiéndola: nada más grato á un buen sacerdote que poder prestar este ministerio tan saludable y consolador; y tratándose, sobre todo, de un pobre niño ó niña, el corazón del sacerdote no puede menos de sentir hacia él toda la ternura de uu verdadero padre.

He visto morir santamente á varios niños ó niñas: ¡oh! ¡cuán preciosos fueron sus últimos momentos, después de haber santificado su enfermedad con la Comunión frecuente! Los que pudieron salir del peligro de muerte pudieron mirar su enfermedad como una verdadera gracia. Al recobrar la salud se encontraron mucho mejores en piedad y costumbres que antes.

Desde el uso de razón está obligado el niño ó niña á hacer su primera Comunión en caso de enfermedad grave, si no la hizo en estado de su salud. Así es que un cristiano, desde la edad de los siete años debe saber ya lo necesario acerca Jesucristo y el santísimo Sacramento, á fin de poder recibirlo en caso que peligre su vida. No le será indispensable saber todo el Catecismo, pero sí debe tener suficientes co-

nocimientos de él para distinguir la santa Eucaristía de los demás alimentos corporales. Así lo prescribe la Iglesia. He conocido en París á un niño de siete años que, próximo á morir, á causa de una fiebre tifóidea que el médico juzgaba incurable, quedó curado luego después de haber recibido, en forma de viático, su primera Comunión. Dos días después habíase ya levantado, y jugaba con su hermanito.

¡Dulcísima Virgen María! Haced, os ruego, que todos los niños y niñas que lean estas páginas amen tiernamente toda su vida á vuestro Hijo Jesús, Señor nuestro. Infundidles santa afición á este Sacramento. Haced que reciban dignamente y con frecuencia á Jesús, al Dios de la Eucaristía, Tesoro de los cristianos, Rey de los Ángeles, Pan sacrosanto de vida eterna! Este será para ellos el secreto de su felicidad y de su eterna salvación.

A. M. D. G.